



RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes



Universidad
Nacional
de Quilmes

López, Leonardo Ezequiel

La condena de los que esperan.



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

López, L. E. (2025). *La condena de los que esperan. Lado B, 2(2), p. 11. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes*
<http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/5860>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

LA CONDENA DE LOS QUE ESPERAN

Cuando alguien ingresa a la cárcel, la familia también suele hacerlo, recibiendo una forma de condena a través de su familiar preso. Hijos, hermanas, madres, también viven la cárcel como una experiencia cercana.

Por Leonardo Ezequiel López

Lo que voy a contar es algo que vivo en cada visita, algo que he aprendido a leer en los ojos de mi familia. Son los sentimientos y pensamientos de aquellos que, sin estar presos, cumplen una condena a mi lado: mi madre, mis hermanas, mis sobrinos, mi mujer y mis hijos.

Con mi madre, que ya se acerca a los ochenta años y carga con sus problemas de salud, todo pasa por lo que no se dice. Cada vez que viene a verme, veo en su mirada una espera silenciosa.

Es como si aguardara la buena noticia, la frase que le confirme que los papeles de la causa se mueven, que la libertad, algún día, llegará. Con el pasar de las horas, entre mate y mate, el ambiente se afloja y hablamos de otras cosas, al ver ella que no hay novedades. Pero la despedida nunca cambia. Al irse, me da su abrazo más sincero y me repite la misma frase: “mirá que te estoy esperando en casa”.

Con mis dos hermanas, mayores que yo, el clima es más distendido. Cuando vienen, el día se convierte en una tregua. Nos hacemos bromas, contamos anécdotas, creamos una burbuja que por un rato nos saca de este ámbito. Podemos tocar el tema de la causa y los papeles, pero siempre dentro de esa atmósfera agradable. Es nuestra manera de cuidarnos.

Mis sobrinos ya son grandes, todos mayores de treinta. Nos criamos juntos, así que son como mis hermanos. Cada vez que vienen, hablamos de todo: de proyectos, de cómo le va a cada uno en su trabajo, de la vida en la calle. Pero a la hora de despedirnos, después del abrazo fuerte, siempre queda en el aire la misma pregunta. Siento ese nudo en la garganta cuando me miran, sé que quieren saber cuándo voy a salir, pero no lo preguntan para no hacerme sentir mal.

Finalmente, con mi mujer y mis hijos, la situación es distinta. Ahí es donde a veces se generan los silencios más pesados: “Pa, ¿cuándo nos vamos todos juntos a casa?”. Esa es una de las preguntas más terribles, porque no sé qué contestarles. Aunque son chicos, entienden cada vez más. Yo les digo que estoy trabajando, a lo que ellos responden: “Sí, pero ¿cuándo terminás de trabajar?”. Les digo que falta todavía. Ya pasaron ocho años y el día de “terminar de trabajar” todavía no llega. Lo más triste es que no sé cuándo llegará. Mateo hoy tiene once años; Isabella, ocho, la misma cantidad de años que llevo privado de mi libertad.

A pesar de todo, desde mis posibilidades, trato de darles afecto, cariño y acompañarlos en lo que puedo, aunque no esté ahí físicamente. Con todo lo que pasamos, mi entorno y yo seguimos unidos, peleándola juntos. Y, al igual que mi familia, no pierdo la esperanza de que pronto voy a poder salir en libertad y reunirme con todos mis seres queridos.